

EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

JESÚS CORELLA, S.J.
Universidad Pontificia Comillas
Madrid

Quisiera comenzar estas palabras manifestando una honda satisfacción personal por poder hablar de discernimiento espiritual a personas especializadas y dedicadas al mundo de la catequesis. No es frecuente que esto suceda, ya que el discernimiento pasa por ser una actividad bastante esotérica, reservada para personas ya muy adelantadas en la vida cristiana, mientras que la catequesis parece ocuparse precisamente de lo contrario, de los primeros pasos de esa vida.

I. DISCERNIMIENTO Y CATEQUESIS

No suelen encontrarse los ámbitos del discernimiento y de la catequesis. Por eso entiendo que ha sido un acierto novedoso y muy sugerente el hecho de que hayan querido ustedes comenzar la asamblea general de AECA con una ponencia sobre el discernimiento.

Por mi parte, siempre que he abordado el tema del discernimiento he tenido la clara percepción —entiendo que bien fundamentada en la historia de la espiritualidad y de la catequesis—, de la estrecha relación que existe entre estas dos actividades cristianas: la catequesis y el discernimiento. Si es que son dos, y no un único ejercicio de iniciación en los misterios de Dios, pues ambas orientan la vida humana en su andadura histórica, es decir, en cuanto camino para llegar a Él.

Esta es la razón de mi primera afirmación: el discernimiento espiritual es una forma de catequesis, de formación cristiana, que intenta disponer a la persona para su encuentro con Dios a través de la Iglesia.

Todos coincidimos en que la catequesis no es solamente la transmisión de unos determinados conocimientos teológicos o verdades de fe, referidos al campo de lo dogmático o de lo moral. Ciertamente, ese conjunto de verdades será imprescindible; conforme a ese depósito de la fe deberá configurarse nuestra conciencia y nuestra vida, pero en nuestro concepto de catequesis hay mucho más. La catequesis también es iniciática; se ha de favorecer un contacto vital con Dios; un poner al alcance de la gracia a la persona, en la medida de sus posibilidades, según la edad, la ambientación cristiana en que vive, las propias fuerzas interiores, que no son iguales en todas las personas, los hábitos adquiridos y los deseos de cada uno comprobados como reales.

Estos aspectos y otros más deben ser tenidos en cuenta. Y todo ello exige una personalización de métodos y un estudio de cada situación; estudio del que no puede estar ausente la persona evangelizada, siempre en conformidad con sus posibilidades. Todo ello presupone procesos de discernimiento tanto en el catequista como en el catequizando.

El tema del discernimiento está igualmente ligado a la introducción progresiva y vital en la Iglesia. Si queremos formar cristianos activos, responsables de su capacidad y de su misión de ayudar a promover los valores del Reino de Dios en este mundo, necesitamos personas ejercitadas en buscar y hallar a Dios en todas las cosas creadas. Incluyendo en ellas las que se han ido consiguiendo con el esfuerzo humano. Han de ejercitarse en ver a Dios no sólo en la creación, sino también en la creación transformada por el hombre. En esta creación, así transformada, Dios manifestará su gloria o su dolor, su paz y crecimiento o su deseo de lucha y de llanto. Todos estos "sentimientos divinos" deberán ser compartidos por quienes están llamados a cuidar de los intereses divinos aquí en la tierra.

Pertenecer a la Iglesia es algo que debe ser discernido, no en el sentido del hecho mismo de pertenecer, porque clara es la voluntad divina de pertenencia a ella, sino en el sentido de lo que ello comporta de búsqueda, purificación y compromiso, no sólo en lo personal, sino de cara a la misma Iglesia. Porque el Reino de Dios es insobornable y no se identifica automáticamente con realidad creada alguna, ni siquiera con la Iglesia. No hay más remedio que formar para el contacto con Dios a la vez que formamos para la pertenencia eclesial.

Todo esto es discernimiento espiritual y es catequesis. Desde esta perspectiva tan sugerente, será catequesis imbuida de discernimiento toda

manera de ayudar a poner en contacto a la persona con ese Dios presente en nuestra realidad humana; encarnado visiblemente en la Iglesia; vivo en la colectividad humana; sensible a nuestras calamidades y también a nuestros éxitos humanos; dinámico en nuestra historia, a través de cuyos avatares y evoluciones, a corto y a largo plazo, Él se manifiesta como Señor y conductor de esa historia. En muy buena medida, el catequizado de esta manera estará más ejercitado en captar a Dios en esa realidad, sin absolutizarla en su positividad, pero sin demonizarla tampoco.

A modo de esbozo, así veo yo la manera de catequizar en el discernimiento espiritual. Es muy probable que de esta forma compliquemos algo el sentido mismo de la catequesis. Pero no cabe duda de que la persona así iniciada en el misterio de Dios y de la Iglesia estará preparada para afrontar los retos que nos depara nuestra cultura secular y cada día más mecanizada.

La catequesis tiene que ser escuela de discernimiento. Pero en la práctica deben tenerse en cuenta dos dificultades: primera, la catequesis la hacen los catequistas. Si ellos no han sido formados en ese estilo, ¿cómo pedirles ahora que sean maestros de discernimiento para ayudar a otros? ¿Sabrán acompañar en esta andadura a sus catecúmenos? Segunda, desde la catequesis primera se habrán de poner las bases, los rudimentos. ¿Cuáles serían las claves mínimas para que los catequistas sepan iniciar desde el principio en el discernimiento?

La primera dificultad es seria. No es fácil romper con un modo tradicional de transmitir la vida y doctrina cristianas; un modo en el que hemos crecido y que, mejor o peor, nos ha servido. Con todo, la pedagogía general ha ido cambiando estos últimos años, y ella arrastra consigo la necesidad de nuevos métodos de transmisión y aprendizaje.

Esto en el terreno más general. Acerca de la iniciación en el discernimiento, hoy se impone la necesidad de cuidar la selección y la formación adecuada de los futuros catequistas. Ésta es una de las tareas fundamentales de la pastoral de la Iglesia en sus diversos niveles: parroquial, diocesano y universal. Entiendo que el grupo de catequetas, y otros grupos semejantes, debe comenzar por aplicar el discernimiento a diseñar razonablemente, y dentro de lo posible, qué tipo de catequista quieren promover para que, a su vez, sean capaces de adiestrar en este ejercicio a los que empiezan. Además, hemos de crear escuelas de formación de catequistas donde, al mismo tiempo, se aprendan contenidos doctrinales, se cuide mucho la experiencia de Dios y su búsqueda en medio de la vida y en el

mundo interior de la propia persona, donde los futuros catequistas aprendan a orar, solos y con otros, y se ejerciten en saber qué acontece en su oración. Así hablarán de lo que saben por experiencia. Y podrán entender las experiencias de Dios que los catequizandos tienen, lo cual siempre es experiencia de Dios para uno mismo. Así comienza el proceso del discernimiento.

En cuanto a los niveles mínimos en los que hay que iniciar a niños o adolescentes en la catequesis inicial, entiendo que la catequesis actual se cuida ya desde el comienzo de desarrollar en los niños, según la capacidad que vayan teniendo, la experiencia de Dios Padre y Hermano; de un Dios que desea entrar en relación con nosotros de una forma sencilla y cariñosa. Se ha de cuidar mucho una experiencia de Dios que sea armoniosamente sacramental, oracional y grupal, según los momentos y circunstancias.

En segundo lugar, creo que sería muy importante desarrollar, desde el principio y de forma adecuada, una verdadera catequesis de Iglesia. Una Iglesia en la que, humildemente, todos tenemos una palabra que decir. Por lo tanto, es importante que ya desde niños, y según vaya creciendo su capacidad, se sientan auténticamente responsables de su vida cristiana. Es la manera de que no se aparten de la Iglesia, aunque después se encuentren con ciertas dificultades en su vida de fe o topen con personas que no coincidan con su forma de ser y actuar, por ejemplo porque están acostumbrados en su parroquia o en su comunidad a mandar excesivamente desde arriba, como si ellos solos tuvieran responsabilidad, disminuyendo o suprimiendo del todo la iniciativa de la comunidad. Si no están preparados, puede entrar un poco en crisis la catequesis aprendida.

El niño o el joven se tienen que conocer más por dentro y sentirse simultáneamente pobres y con deficiencias; pero, también, responsables de su vida y llamados a aportar a la comunidad aquello que Dios imprime en su corazón: porque lo saben bien; saben formar su parecer y dar razón de él. Por aquí iría el fruto del discernimiento.

Además de lo dicho, es importante iniciarse pronto en el funcionamiento eclesial en un nivel de comunidades pequeñas. De ese modo, poco a poco se irá desarrollando todo el proceso de deliberación comunitaria. Aprender, como Jesús en medio de los doctores, a expresar sus sentires y problemas, a escuchar, preguntar y a responder.

Estos niveles elementales de iniciación, en un talante más vital, son muy importantes. No olvidemos que la estructura básica del catecismo

más tradicional era la de un diálogo de preguntas y respuestas. Suprimiendo el excesivo formalismo, puede inspirarnos la forma actual de comunicar para discernir. Y aunque sólo sea dicho de paso, no estará de más que, cuando se hable de la historia de la Iglesia, se hable también algo de la historia del discernimiento espiritual en ella desde los orígenes, como vamos a ver, al menos con algunas alusiones.

Cuanto diga a continuación responderá al deseo de favorecer la entrada del verdadero discernimiento espiritual en la teoría y en la praxis de nuestra catequesis en la Iglesia. Espero acertar a seleccionar los aspectos más adecuados para ello dentro del amplísimo tratado de lo que es discernimiento, absolutamente inabarcable en esta ponencia.

II. JESÚS, MAESTRO DE DISCERNIMIENTO

Como todo en la vida cristiana, también el discernimiento tiene su origen en Jesús. Y esto por diferentes razones. Lo primero es caer en la cuenta de que Jesús hizo con frecuencia discernimiento en su vida: las tentaciones en el desierto (Mt 4,1-11); las oraciones nocturnas, sobre todo después de las ocasiones de malos entendidos acerca de la cualidad de su mesianismo (cf. Jn 6,15); los anuncios de su muerte; Getsemaní... son ocasiones en que Jesús se afianza en el cumplimiento de la voluntad del Padre, descubierta y confirmada como alimento básico de su vida (Jn 4,34), aunque la fidelidad a ella le lleve a la muerte. Nada le ahorró a Jesús el esfuerzo de buscar y hallar la voluntad del Padre. Aunque en ello muestre siempre una seguridad, una fortaleza, una connaturalidad que nos deje admirados. Nosotros dudamos por dentro; no nos sentimos tan seguros, porque andamos más turbios de mirada y pensamiento. Por ello necesitamos seguridades especiales para dar pasos que, con frecuencia, nos apartan de nuestros ídolos. Ídolos que Jesús no tenía; por eso era más libre y veía más claro.

Una reflexión teológica posterior sobre Jesús nos hará caer en la cuenta de que Él no sólo nos dio ejemplo de discernir, sino que en el fondo de todo discernimiento verdadero está Él como criterio base y como valor fundamental. Todo discernimiento gira en torno a Él. Y lo que nos jugamos siempre al discernir es Él mismo. "Mira, éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para ser señal que se discu-

te, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones" (Lc 2,34-35).

Desde luego podemos universalizar este pensamiento. Nadie queda igual después de haber conocido a Jesús: o se le acepta o se le rechaza. Y esa decisión orienta ya sucesivos discernimientos, o la ausencia de ellos. No hay otra señal dada por Dios para poner en marcha al hombre (Mt 12,38ss).

Así se explica también la exhortación de la primera carta de Juan:

Queridos, no creáis a cualquier espíritu, sino examinad los espíritus a ver si proceden de Dios, porque han salido muchos falsos profetas. Al Espíritu de Dios lo podéis reconocer por esto: todo espíritu que profesa la fe en Jesucristo venido en carne, procede de Dios, y todo espíritu que no profesa la fe en Jesús no procede de Dios; ese es del anticristo (1 Jn 4,1-3).

Éste es uno de los textos fundamentales para el discernimiento cristiano. Los espíritus, en su totalidad, son buenos si confiesan a Jesús, y son malos si no lo hacen. Pero, al Jesús real: de carne y hueso; en todo semejante a nosotros menos en el pecado; principio de realidad para toda la creación, porque es lo más real que existe, y es lo que hace reales las cosas buenas. Por Él hay que empezar cuando se discierne. Y a Él tiende todo discernimiento bien orientado.

A partir de aquí se entiende por qué Jesús se deja discernir tan fácilmente, e incluso busca que le discernan. La doble pregunta de Jesús tiende precisamente a ello: "¿Quién dice la gente que soy yo? Y vosotros ¿quién decís que soy yo?" (Mt 16). Es como si Jesús sintiera curiosidad y a la vez deseo de que la gente, y en particular sus seguidores, se vayan decantando acerca de Él. Esa es la metodología que parece desarrollar Jesús en el evangelio de Juan. Jesús recurre a una manifestación progresiva con los destinatarios de sus curaciones, empezando por la samaritana hasta llegar al ciego de nacimiento; o en la respuesta de Jesús a los enviados por Juan el Bautista, cuando le preguntan si era Él quien había de venir o había que seguir esperando.

Curiosamente, en este caso Jesús no responde con un sí claro y tajante, sino orientando a sus interrogadores hacia las señales de su venida: los cojos que andan, los ciegos que ven... los pobres evangelizados lo dicen todo acerca de Jesús. Y Él se entrega de lleno a ese discernimiento de los demás. Así desea mostrarse. De ese modo quiere que los demás tomen parte activa en el descubrimiento de su identidad y, en consecuencia, le

acepten libremente. No hay evidencias inmediatas. Hay señales que a la vez son indicios, comienzos de la salvación que Jesús es.

Este modo de proceder-preceder nos lleva de la mano al aspecto que ahora más nos interesa: el de Jesús maestro, pedagogo, de discernimiento. Todo en los evangelios apunta hacia la misma dirección. Parece como si a Jesús le importara mucho que sus oyentes aprendieran a discernir. ¿No será que, viviendo imbuidos y en medio de mediaciones por todas partes, nos es absolutamente imprescindible aprender a encontrar por medio de ellas a Dios, nuestro último fin? ¿No será esto parte esencial de la revelación misma de Jesús?

Jesús no nos transmite sólo contenidos sobre Dios, sino modos de acceso; actitudes de profunda escucha; sabiduría de orientación en los cruces de caminos; adiestramiento para desear, para buscar y para encontrar al Padre. Todo esto forma parte de la misión de Jesús. Es más, si quiere ser conocido Él mismo, es para que se acepte mejor su modo peculiar de revelar al Padre. En realidad, descubrirlo a él y descubrir al Padre es ya lo mismo. Pero es importante que ese descubrimiento sea bien deseado y acogido por los oyentes.

La necesidad de este entrenamiento marcaría la pedagogía de Jesús. Por ejemplo: cuando pronuncia las Bienaventuranzas no está sino enunciando algunas señales —las fundamentales— para que los que sienten en sus vidas alguna inquietud de búsqueda de sentido se orienten por el camino adecuado. Pueden darse por dichosos quienes mantienen en su ritmo de vida algunas de estas actitudes, ser pobre, llorar de deseo, ser solidario para la implantación de la justicia y de la paz, poseer un corazón limpio, aportar misericordia, ser perseguido por causa de la justicia.

La señal de que estos "tipos" humanos sean bienaventurados es que ellos mismos son ya señales de la llegada inminente del Reino en la persona de Jesús, el Bienaventurado por excelencia. Por el contrario, aquellos que encuentren en sí las actitudes contrarias (Lc 6,24-26) no son dichosos, porque no reflejan la señal de la inminencia del Reino. Son señales "reales", es decir, en los tales irrumpe de algún modo ya desde ahora el Reino del que son señales ellos mismos.

En una palabra, son señales proclamadas por Jesús para confirmar en su decisión a aquellos que se sienten reflejados en ellas y, al mismo tiempo, para que todos podamos encontrar en ellas un camino que, no por ser difícil, deja de tener futuro. De este modo, a partir de las bienaventuranzas de Jesús, sabemos que ése y no otro es el camino que termina bien.

Cada uno deberá entrar dentro de sí, descubrir sus actitudes profundas y ver si están acordes con ellas.

1. *La pedagogía de los milagros*

Aunque en clave distinta, también los milagros son señales de discernimiento espiritual en torno a la propia persona de Jesús. Antes era la palabra; ahora es la acción. Es más, ésta es la razón por la que los evangelistas, a lo largo del ministerio público de Jesús, recogen estos signos suyos.

Según aquéllos, Jesús intenta dar signos, de forma que los "testigos" nos transmitan claridad suficiente para que nosotros podamos descubrir, desde la fe, que Él es el que tenía que venir. Y eso, con certeza, con la certeza de la fe. Esa es la razón que motiva los milagros o los justifica, tanto en los sinópticos como, de manera más explícita si cabe, en Juan.

Los milagros son una anticipación de la definitiva manifestación de Jesús como el que había de venir. Manifestación que se producirá en el signo por excelencia, es decir, en su Resurrección. Los milagros apuntan a ella; son como una "pedagogía" suya. Van marcando unos hitos de orientación; preparan a los discípulos —y a nosotros—, de modo que puedan en su día encajar, desde una fe fundamentada, el hecho y significado desbordante de la Resurrección. La Resurrección necesitaba una pedagogía, una verdadera iniciación hacia el misterio. Y eso es lo que va haciendo Jesús, de forma gradual y llena de humanidad, con sus signos. Porque, llegado el momento, no habrá ya otra señal que ésa: la propia Resurrección. Ahora bien, toda esa pedagogía y preparación no es otra cosa que la pedagogía del discernimiento espiritual.

2. *La pedagogía de las parábolas*

¿Qué son las parábolas sino unas sencillas narraciones pedagógicas que ponen en saerte al que las oye con limpio corazón para el discernimiento espiritual? La mejor prueba es el propio sentido que les da Jesús: "El que tenga oídos para oír, que oiga". Quiere despertar, responsabilizar al oyente. Desea poner en actividad toda la persona, como si las parábolas presupusieran que son oídas por gente inteligente y abierta. Y si los oyentes no fueran así, se les da una sacudida de atención.

En el fondo, la parábola va preparando un mensaje: la necesidad de aceptar a Jesús como el gran profeta; el que había de venir; el iniciador

del Reino de Dios, en una palabra. Pero ellas no deben desvelar por completo este mensaje. De alguna manera, forman parte del "secreto mesiánico": Intentan despertar más el interés por la búsqueda que dar la solución fácil y entera. Solución que, por cierto, en ese momento no podría ser captada todavía por los oyentes en toda su plenitud.

No, el descubrimiento de la verdad de Jesús es un hecho trinitario, pero pasa también por la libre y activa acogida del ser humano, consciente y motivada. Lo cual supone una actividad de la persona entera. A partir de la parábola, todo se conmueve por dentro. Comienzan los interrogantes; se abren nuevos horizontes; se confirman deseos; surgen provechosas sospechas acerca de sí mismo; vuelve uno a oír una y otra vez a Jesús; se interesa uno por Él.

De las parábolas hay que decir lo mismo que de las bienaventuranzas. Su fuerza significativa esencial deriva del hecho de haber sido pronunciadas por Jesús. Es a Él a quien se refieren de forma inmediata como término último del discernimiento que encierran. La palabra de Dios anunciada como simiente que cae en la tierra con diversidad de suertes; como grano de trigo que ha de morir, o como tesoro hallado en un campo, son anuncios de Él mismo. Siempre es Él el contenido definitivo de la parábola. Desde ahí, el oyente puede ir abriendo interrogantes acerca de su misterio, creando un nuevo sentido de orientación. Eso que después, a partir de Pablo, se pudo llamar el "sentido de Cristo". Todo pura pedagogía sugerente hacia el discernimiento sobre Jesús.

3. *Los falsos discernimientos*

No olvida Jesús esta faceta de su enseñanza iniciática. Los evangelistas recogen estos falsos discernimientos, que Jesús desenmascara con claridad. El capítulo 11 de Mateo es buen ejemplo de ello. La generación de Jesús se parece a los niños sentados en las plazas, que dicen: "Os tocamos la flauta y no bailasteis, entonamos endechas y no os lamentasteis". No hubo reacción adecuada a sus señales ni a las de Juan. Todo lo interpretan a partir de sus propios e inexpugnables criterios: los ayunos de Juan y la cercanía de Jesús; todo queda juzgado y sentenciado; no hay quien rompa esa dureza. Y entonces sucede algo terrible: ellos mismos se cierran a la luz; no saien de sí mismos; se incapacitan para recibir las señales acerca de Jesús; no le disciernen, sino que le juzgan, con lo cual Jesús queda bloqueado para ellos. ¿Acaso no es ése el pecado contra el Espíritu Santo,

ése que no puede perdonarse? No es que no pueda perdonarse porque sea muy grande, sino porque bloquea la acción reveladora de ese mismo Espíritu acerca de Jesús. El pecado contra el Espíritu Santo es el pecado contra el discernimiento. No se puede hacer discernimiento si no se sale de sí mismo a buscar, en deseo y en pobreza. Si uno se queda dentro de sí, no habrá discernimiento y, por lo tanto, no se encontrará uno con Jesús, quedando así en su propio pecado¹.

No parece agradarle a Jesús que le exijan señales que le avalen². Más bien la gente debe recibir y profundizar en las señales que Él les dé. Los oyentes no podemos ser jueces de Jesús. No podemos someterlo a nuestro juicio y aceptarlo o no según cumpla nuestras propias expectativas. Nos han de bastar sus signos; los que él tenga a bien proporcionarnos, con objeto de que nuestra adhesión a Él sea un movimiento libre por nuestra parte y, en cierto sentido, nacido de nuestra pobreza; desinteresado, es decir, que nos libere de nosotros mismos y de nuestras esclavitudes. Si a uno no le falta nada, ¿qué va a esperar de Jesús? Incluso descubrirá con facilidad razones para no acercársele, por si tiene que perder algo de lo que tiene.

III. LOS APÓSTOLES SIGUEN EL ESTILO DE JESÚS

Los que fundan las primeras comunidades las catequizan en este espíritu. Y parece que lo hacen sin ningún miedo a dar a sus neófitos demasiada responsabilidad en su vida cristiana. Me refiero, sobre todo, a Pablo y Juan. Es más, diría que lo que les aterra es que los cristianos no sepan discernir. Hermoso objetivo del Magisterio de la Iglesia: enseñar a todos a discernir.

Guiada por este verdadero Magisterio de los primeros apóstoles, la Iglesia discierne. De las Iglesias de Juan, lo sabemos por el cuarto evangelio y por las cartas. En parte ya lo hemos visto. Pero si tuviéramos que denominar a uno de los cuatro evangelios el del discernimiento, ése sería el de Juan. Juan es el que ve o, mejor, el que intuye. Jesús es el que viene

¹ Cf. Mt, todo el c. 11 y 12,22-32.

² Cf. Mt 12,38-42.

a poner luz en medio de las tinieblas, en radical contraste con ellas y se le recibe o no, pero para definirse se le ha de reconocer.

Por eso, ya desde el prólogo, intenta despertar el interés por aquel a quien los suyos no recibieron. Y, más adelante, en el pasaje de Nicodemo, se nos da la clave para poder recibir a Jesús: hay que volver a nacer; hay que ser un hombre nuevo y, entonces sí, hay una sintonía con él; algo que prepara o dispone para el conocimiento; para poder decir antes que los demás: "¡Es el Señor!" Este hombre nuevo es el hombre de discernimiento, porque ha nacido del Espíritu y no de carne ni de sangre. El Espíritu crea tal sintonía con Jesús en el hombre nuevo que le hace hijo de Dios en él.

La misma sintonía, fruto del discernimiento, se revela en toda la alegoría del Buen Pastor. Los hombres nuevos, los hombres de discernimiento, son aquí las ovejas que oyen su voz y la reconocen, porque la distinguen de las otras voces de los falsos pastores. Por eso le siguen dondequiera que vaya, creándose una vinculación única entre el rebaño y el pastor: es conocimiento, amor y seguimiento; términos básicos en la teología del discernimiento espiritual. Por el contrario, extrañan la voz del falso pastor, que viene al rebaño con intenciones torcidas, y por eso no le siguen.

¿Qué es todo esto sino un modo de iniciar a la comunidad en el conocimiento de los diversos espíritus, a cuyos influjos está expuesta? Conviene que esa pequeña Iglesia distinga la voz del Espíritu para poder seguir confiadamente a Jesús. Ése es el objetivo de todo discernimiento en la Iglesia de cualquier tiempo.

Lo mismo ocurre en este punto con Pablo. Continuamente pide en sus cartas, para sus cristianos, la capacidad de discernir. Valga como ejemplo la carta a los Efesios: "Que nadie os engañe con vanas razones" a vosotros que habéis sido tinieblas y ahora sois luz; "vivid como hijos de la luz"; "examinad qué es lo que le agrada al Señor"; no debéis ser insensatos, sino comprended cual es la voluntad de Dios, etc.³ Más adelante les descubre que la verdadera lucha de los cristianos no es contra la carne ni la sangre, sino contra los espíritus del mal que están en las alturas.

Por eso, Pablo se siente movido a pedir para sus cristianos la gracia del discernimiento: "Lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga

³ Ef 5,6ss; 6,11ss.

creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento con que podáis aquilatar lo mejor" ⁴. Sólo el amor es el que capacita para discernir lo que es importante de verdad, dejando aparte cosas secundarias; sólo él orienta hacia lo que desea, con una certeza superior al estudio y al cálculo. Intuye, busca sin descanso, aviva la cabeza. Es el camino para llegar al discernimiento. No hay manera de discernir con suficiente garantía de acierto si no es desde el amor. Desde esta oración de Pablo, podemos apreciar en todo su relieve el peso de pasividad y de ausencia de amor apasionado que arrastramos en nuestra Iglesia actual. ¿Cómo podremos discernir si no nos arde el corazón con el anhelo de promover el Reinado de Dios y su justicia?

Para nuestro caso concreto, el ansia de catequizar y de anunciar ese Reinado está llamado a ser el motor que nos impulse, a través del discernimiento, hacia la búsqueda de los mejores catequistas y de los mejores medios para formarlos y para que puedan actuar. Por otro lado, para la catequesis necesitamos hombres y mujeres llenos de amor. Sólo así transmitiremos un estilo de vida que armonice la libertad con la fidelidad y haga atractivas las orientaciones de la Iglesia hacia la verdadera doctrina de Jesús.

Para Pablo, el discernimiento espiritual es un verdadero carisma que el Espíritu hace germinar en algunos, dentro de la Iglesia, para bien de todos ⁵. Parece que ese don se refiere más concretamente a la capacidad de distinguir con lucidez el origen de los impulsos percibidos dentro de la comunidad cristiana: si son de Dios o del mal espíritu o, sencillamente, propios del que los experimenta. Es decir, que Pablo se refiere aquí a lo que nosotros llamamos discernimiento en el más estricto sentido de la palabra. No hay que resaltar la importancia que tiene este don tanto para la selección de catequistas como para el ejercicio de su ministerio.

IV. LA IGLESIA, COMUNIDAD EN DISCERNIMIENTO

En la Iglesia primitiva, el discernimiento se da de una forma absolutamente espontánea. Aunque sólo sea de pasada, hay que aludir a uno de los

⁴ Flp 1,9. Cf. Rom 2,18.

⁵ 1 Cor 12,10.

momentos más cruciales de la vida de la Iglesia primitiva en su relación con su matriz judía. Pablo, enviado a los gentiles, va fundando comunidades cristianas, cuyos miembros pasan directamente del paganismo grecorromano a la inserción en Cristo por la fe y el bautismo. La circuncisión y la Ley están ya superadas y vaciadas de sentido en orden a la salvación, que sólo es de Jesús.

Pero, este modo de pensar no es compartido por algunos convertidos del judaísmo. Incluso hay disenso entre los mismos apóstoles y vacilación en Pedro. Jesús, como tantas otras cuestiones, no dejó resuelta ésta. Es la Iglesia la que la tiene que afrontar y resolver. Como tendrá que hacerlo hasta el final de los tiempos, tan distintos de los de Jesús. Para eso la dejó en su lugar.

Vale la pena leer el capítulo 15 de los Hechos para asimilar internamente el desarrollo de este primer Concilio de Jerusalén como ejemplo de discernimiento comunitario para la Iglesia de todos los tiempos. Prescindiendo de particulares problemas exegéticos, que no vienen al caso, Lucas compone este relato con todo detalle en sus sucesivos momentos, dentro de la tensión existente, pero con el deseo compartido de llegar a una doctrina y a una praxis eclesial en consonancia con el proceder de Jesús. Se busca con limpieza y por todos lo que nosotros llamaríamos la voluntad de Dios. Y, para ello, lo primero de todo es la decisión de reunirse.

A Antioquía habían bajado algunos del grupo de Santiago. Pedro, que hasta entonces había compartido el estilo de vida de aquella comunidad, comienza a retraerse a los usos judíos en cuestión de alimentos y demás. Pablo le recrimina. Pero los llegados enseñan abiertamente: "Si no os circuncidáis conforme a la costumbre mosaica, no podéis salvaros". La discusión no pequeña y la agitación no tardaron en aparecer.

Hubo que reunirse en búsqueda del acuerdo. Pablo con Bernabé subieron a Jerusalén. Les impulsaba sobre todo la urgencia de la comunión, porque ella sí era con toda certeza deseo expresado por Jesús. Por razón de ella, pues, había que comprenderse y buscar acuerdo. El planteamiento era claro. Y también el punto de partida.

El primer momento del encuentro fue una larga y desordenada discusión: tenía que salir a la luz lo que provocaba las diversas posturas y, quizá, no tenían experiencia de saber hablar ordenadamente. Después, ya hablan uno a uno; van exponiendo sus posturas personales, basadas en lo que han visto y experimentado. Pedro es el primero en hablar: se refiere a lo sucedido con Cornelio y a la lección recibida desde el cielo. Su

discurso produce un fuerte impacto. La asamblea calla en señal de acogida y respeto. A continuación toman la palabra Bernabé y Pablo, que cuentan asimismo su experiencia. Por fin habla Santiago, desde su peculiar conocimiento del Antiguo Testamento, y confirma la línea de solución que se va abriendo paso. Sin embargo, pone de manifiesto la conveniencia de respetar la sensibilidad religiosa del partido judío en algunos puntos, cuya inobservancia les supondría un escándalo y una repugnancia difícil de superar: comer de los animales sacrificados a los ídolos; la impureza legal de ciertas relaciones sexuales entre consanguíneos; la sangre y los animales ahogados.

Ya se ve por dónde va la preocupación de Santiago. Es una cuestión de tipo estrictamente ritual, pero en el fondo intenta responder a la pregunta de cómo pueden tratarse como iguales y hermanos los judíos-cristianos con los pagano-cristianos. Ciertas repugnancias han ido consolidándose a lo largo de siglos en las tradiciones del pueblo judío. Todo debe ser tenido en cuenta y respetado. Unos y otros han de aprender a renunciar en favor de la comunión eclesial, que es lo más querido por Jesús para ellos. Por eso, Santiago les manifiesta lo que a su parecer es más difícil de superar para ellos. Sin mengua de que la salvación de Jesús sea plena en sí misma. No se trata propiamente de eso. Es cuestión de sensibilidad más que de principios. Como tantas veces sucede todavía entre nosotros. A veces somos más duros unos con otros que los del partido de Santiago, que se contentaron con tan poco.

Así, haciéndose más pobres y saliendo de sí, se va llegando a un acuerdo en el que las diversas sensibilidades se respetan, juntamente con la libertad cristiana traída por Jesús, a la que no pueden renunciar.

Son los problemas de la Iglesia, que ha de catequizar a personas muy diversas y en culturas muy variadas, respetándolas al mismo tiempo que las ayudan a convertirse al Evangelio. Ya lo decía el mismo Pablo: no todo lo que puedo hacer conviene hacerlo, a causa de la edificación de mi hermano, por su amor.

Es significativa la fórmula empleada en la carta que anuncia a las Iglesias la decisión final: "Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros..." Así expresan la confianza de la Iglesia en sí misma. Ella sabe que su trabajo consiste en entender al Espíritu que la impulsa desde dentro de sí misma, con una asistencia indefectible. Su misión es sentir, conocer, discernir. Y, ahí, se lo juega todo. El Espíritu hace posible que la Iglesia decida con entereza, porque cuenta con él, después de haber trabajado

intensamente el asunto. Este trabajo es la garantía y la condición imprescindible de que el Espíritu está en la decisión tomada. Es ponerlo todo y esperarlo todo. Por ahí va el discernimiento espiritual.

1. *Del ayer al hoy*

En esta primera parte, la legitimación del discernimiento ha pretendido ser sobre todo fáctica, de hechos y de historia cristiana. Así fue todo en la historia de la salvación. Así presenta el discernimiento la Escritura; no en teoría ni en ciencia, sino en una manera de proceder por parte de Jesús en su vida y en su enseñanza. Así lo aprendieron sus seguidores y la Iglesia primera. Si las cosas no fueron de la misma forma después, tendríamos que preguntarnos por qué sucedió así.

Porque hay quienes piensan que este modo de funcionar a base de discernimiento no tiene por qué perpetuarse. Frente a este panorama de discernimiento a partir de Jesús y en los comienzos de la Iglesia, siempre existe el peligro de reaccionar, arguyendo que esa situación es irrepetible y, por lo tanto, no nos sirve de ejemplo para las etapas posteriores.

Más en concreto, ¿no habrá que distinguir dos momentos en la historia de la Iglesia: uno inicial, en el que la revelación de Jesús debió encontrar sus formas históricas de realización humana; en el que hay que resolver, caso a caso, cada encuentro de esa revelación con la realidad de la vida y de la cultura humana aún sin cristianar; en el que, por lo tanto, es absolutamente imprescindible el discernimiento que habrá de dar paso al segundo momento eclesial, en el que las cosas están lo suficientemente claras como para poderlas institucionalizar, legándolas así a las futuras generaciones cristianas, como una especie de "institución de salvación"?

Notemos la importancia que tiene la resolución de este planteamiento para el concepto mismo de catequesis que deseamos poner en práctica. Desde la hipótesis de un funcionamiento a base de discernir, la catequesis tiene un sentido sobre todo de ejercitamiento; de aprender a valorar y a elegir en función de una escala de valores; de saber ejercitar la libertad sin engaños o intenciones ocultas y esclavizantes. En la hipótesis contraria, la de una forma de vivir el cristianismo ya muy "normalizada", la catequesis debería orientarse sobre todo a aprender esas normas ya acuñadas por la experiencia de nuestros predecesores en la fe. Cambia la filosofía de base de la catequesis. De ahí que tengamos que detenernos con cierta calma en la resolución de estos interrogantes formulados.

Pero hay más todavía. Me pregunto si no está aquí el fondo del problema sobre el discernimiento en nuestra Iglesia actual. Porque esos que hemos llamado dos momentos eclesiales, uno de discernimiento y otro de norma ya fijada, pueden repetirse y sucederse entre sí a lo largo de la historia, referidos a situaciones o entidades más particulares dentro de ella, o a ella misma como un todo.

Esta manera de pensar no está muy lejana de bastantes personas de Iglesia, con frecuencia constituidos ellos mismos en autoridad. Pero ciertamente no hay consenso social suficiente en la Iglesia para pensar así; ni se plantean, con la debida frecuencia, este tipo de cuestiones para clarificar posturas. Nos limitamos a proceder según nuestro leal saber y entender, con lo cual creamos mutuas desconfianzas y cansancios penosos e infecundos.

No cabe duda de que, al buscar ahora los fundamentos cristianos del discernimiento espiritual en un plano más teológico, lo que queremos en el fondo es ayudar a comprender que la teoría de los dos tiempos, arriba expuesta, no es aceptable en la marcha de la Iglesia. El discernimiento está llamado a ser un ejercicio del espíritu cristiano en todo tiempo y lugar, como el elemento institucional está también siempre a mano para ayudarnos, no para darnos las cosas resueltas.

V. UNA FUNDAMENTACIÓN TEOLÓGICA DEL DISCERNIMIENTO

Espero que las sencillas reflexiones que pretendo hacer a continuación puedan llamarse, sin pretensión alguna, teológicas, al menos en un amplio sentido de la palabra. No me encuentro en condiciones de hacer otra cosa, sino un ensayo o un intento de pensar en alta voz sobre los datos que la revelación sugiere acerca del comportamiento de Dios en su relación con el hombre.

Nuestra guía no puede ser otra que la encontrada hasta ahora: la práctica de Jesús; la de la Iglesia postpascual; la doctrina viva de Pablo, Juan o los Santos Padres, de quienes nada hemos podido decir, pero que van en la misma línea. La pregunta es: ¿qué explicación tiene esta insistencia en la necesidad de discernir? ¿Estará el discernimiento en línea coherente, por parte del hombre, con la manera ordinaria de la manifestación de Dios? O, mejor dicho, ¿formará parte el discernimiento del dispositivo humano de escucha, acogida y respuesta a las manifestaciones

ordinarias de Dios, tal como éstas se producen después de que Jesús derramó sobre nosotros su Espíritu, dado por el Padre?

A modo de premisas, voy a intentar exponer unas reflexiones casi telegráficas, que brindo, por supuesto, a todo tipo de discusión o crítica. De esas premisas será fácil deducir la necesidad cristiana del discernimiento espiritual en todo tiempo y lugar.

a) Partamos de esta constatación: Dios parece querer manifestar a cada ser humano su voluntad, no sólo de una manera general y a partir de unos principios revelados o racionales, de los cuales pueda deducirse la aplicación concreta que de ellos hay que hacer en un caso particular, aun siendo éste discernido como tal, sino que la manifestación de Dios tendrá normalmente una connotación personal irrepetible.

La aplicación concreta de esos principios a un caso particular pueden ser fruto de un discernimiento. Pero no siempre manifiesta así Dios su voluntad en referencia a casos particulares. Más bien, hay que decir que lo normal es que la persona concreta sea el primer término de referencia de esas manifestaciones divinas. Dios no quiere *cosas*, sino que quiere personas: a ésta, aquélla, a tu persona o a la mía, y las quiere en un contexto y con una finalidad universal. Siempre parece que es así. Pero no nos quiere en cuanto masa, sino en cuanto comunidad. Y hasta tal punto es verdad, que el trato con Dios hace crecer como tales a esas personas.

Entiendo que en el encuentro con Dios sucede algo muy parecido, sólo que en grado superior y más profundo, a lo que la psicología descubre que le acontece al hombre en el encuentro con otro ser humano. Son encuentros con "el otro" que tienen la virtualidad de descubrirle a uno a sí mismo; de hacerle comprender su verdadera dimensión y valer, con lo cual esos encuentros son personalizantes.

Pues bien, este elemento personalizador no se puede encontrar a través de puras deducciones de principios generales, aunque sean revelados como voluntad de Dios o aunque sean reconocidos como buenos y dignos de realizarse. Son llamadas de persona a persona que son inabordables desde otro tipo de reflexiones. Esto es sumamente importante para la justificación del discernimiento espiritual. La relación con Dios exige de por sí un encuadre personal y personalizante. Para encontrar y alimentar esa relación, es necesario discernir mociones internas y hacerse un montón de

preguntas sobre la vida y los acontecimientos. El que no se pregunta tampoco pregunta, no entra en diálogo, no se relaciona.

b) Vivimos en el mundo. Nuestro ambiente natural es el de la mediación. Nuestro cuerpo está abierto al impacto de lo sensible. Y lo mismo hay que decir de nuestro espíritu y de nuestro mundo interior, en el cual vivimos nuestra fe impactados por la realidad de lo mundano. Así tiene que ser, y así es bueno que sea. La posible inmediatez de la comunicación de Dios no es siempre tan fuerte ni tan constantemente percibida como para considerarla libre de todas las influencias ajenas que pueden afectar a sus contenidos. Por definición, las mediaciones tienen siempre algo de ambiguo, de forma que nada podemos dar por supuesto en ellas cuando a través de ellas buscamos a Dios. Así pues, por una parte, las mediaciones son necesarias; pero, por otra, pueden llegar a bloquearnos, intentado sustituir a Dios y absolutizándose como valores para nosotros.

Con estos supuestos, es menester proceder con precaución en la comprensión de nuestros impactos o mociones, hasta poseer la suficiente certidumbre de que nos transmiten con fidelidad lo que venimos llamando el lenguaje creador e impulsor de Dios hacia nosotros.

Podemos partir confiadamente de la posibilidad de una inmediatez en las manifestaciones divinas. Nada parece impedir esa posibilidad, y testimonios en vivo de cristianos muy comprometidos con su fe y con el mundo de su tiempo parecen innegables. En concreto, la manera de expresarse de Ignacio de Loyola es incomprensible si no se diera esa posibilidad. Otra cosa es que los teólogos tengan que buscar la adecuada fundamentación de esas experiencias. Pero ése es su oficio: teologizar la vida, la experiencia cristiana, que es el dato inicial innegable. De esa forma preparan el camino al Magisterio, para que pueda discernir dado el caso, y también preparan el camino a la catequesis, para que ella pueda abrir nuevos horizontes a la vida cristiana de los catecúmenos.

Aquí nos referimos a la afirmación gozosa de que el Señor no necesita de intermediarios ni mediaciones cada vez que quiere dialogar con sus hijos, que somos nosotros. Así lo presupone continuamente San Ignacio en los Ejercicios, y así lo manifiestan los místicos de todos los tiempos.

Lo que sucede es que no parece existir siempre el mismo grado de inmediatez. O, si se prefiere, el hombre no percibe esa inmediatez siempre con la misma fuerza. Sucede con las comunicaciones divinas algo semejante a lo que ocurre con las ondas de la radio: hay "tiempos" en que

la onda se recibe con una señal fuerte, de forma que, en la adecuada frecuencia, sólo se oye esa emisora, y se oye con claridad meridiana: sin dudar ni poder dudar de lo que se oye. Pero no siempre sucede así. Incluso hay otros "tiempos" en que se necesita utilizar dispositivos especiales que amplifiquen el dial para poder captar la señal con suficiente claridad. Son necesarias más mediaciones.

Pues bien, con la inmediatez de la manifestación de Dios sucede algo semejante. A veces hay que usar dispositivos especiales para captarla. Y quizás esta comparación nos ayude a comprender mejor el sentido de los tres tiempos de elección que Ignacio describe en los Ejercicios⁶. Pero ahora no podemos entrar en ellos.

Es claro que, en la misma medida en que aumentan las mediaciones, aumenta también el peligro de interferencias, y esto es lo que se quiere afirmar aquí. Si se dan o si pueden darse interferencias, habrá que tomar precauciones para no dar por voz de Dios lo que puede ser una pista falsa.

c) Hasta ahora nos hemos detenido en consideraciones que se derivan de la comprensión de lo que es la persona y de sus capacidades receptoras y dialogantes. Todo ello era consecuente con el acto creador de Dios y con el destino último que atañe al ser humano.

Pero dentro de ese diseño creador existen además otras perspectivas que hacen insoslayable el uso del discernimiento en cada momento de la historia, y particularmente en el nuestro. Me refiero a perspectivas más sociológicas y colectivas que tienen que ver con el desarrollo de esa creación a cargo del hombre.

Los progresos de las ciencias humanas, sobre todo de la antropología y de la sociología, aportan datos nuevos a la teología para que ésta desarrolle un concepto más actualizado, por ejemplo de la estructura funcional y de la dignidad de la persona humana; del valor de lo comunitario; del sentido de la participación y corresponsabilidad en la tarea de llevar adelante el desarrollo de la creación, etc. Todo lo cual prepara a la teología para responder más adecuadamente a los retos que le vienen de un mundo en profundo cambio y muchas veces en profunda confusión.

Más en concreto. Quisiera referirme a esta evolución de la teología, interrogada muy seriamente desde el progreso científico y cultural de nuestro tiempo, para deducir de ella algunas consecuencias referentes al

⁶ *Ejercicios espirituales* [175-177].

discernimiento de espíritus, tal como hoy lo valoramos. No olvidemos que nuestros catequizados vivirán o están viviendo ya el impacto de estos procesos evolutivos tan veloces, y la catequesis corre el peligro de quedarse pequeña antes de tiempo.

A lo largo de la historia de la salvación, que se realiza en la historia humana, la teología está continuamente adquiriendo nuevos datos y se enriquece de múltiples fuentes que le hacen progresar. Es decir, la hacen más capaz de captar y expresar la revelación de Cristo con nuevas irrisaciones y *divinos* brillos que iluminan esa nueva realidad humana.

Es precisamente ésta una de las principales funciones de la teología, y en ella coinciden prácticamente todos cuantos a ella se dedican, incluidos los más tradicionales defensores del "depositum fidei". Cada vez es mejor comprendido ese depósito. Cada día las ciencias humanas le proporcionan a la teología mejores instrumentos para conservar y utilizar ese depósito, y esto hace que cada vez le sepamos utilizar con mayor acierto y provecho. Cada generación va dejando la huella de su experiencia y de sus descubrimientos. ¿Cómo dudar de que hoy conocemos mejor los mecanismos íntimos del ser humano, su psicología profunda, las leyes de sus comportamientos y de su modo de relacionarse?

No digamos nada de la importancia del elemento comunitario o grupal para la madurez y para la conducta de la persona. El descubrimiento, seguramente no completo aún, de las leyes que condicionan el modo de pensar y de reaccionar de los individuos por su situación en referencia a los diversos grupos a los que cada uno pertenece, debe ser tenido en cuenta continuamente por la teología, tanto la dogmática como la espiritual, para comprender mejor cada día la acción de Dios que subyace en esa dinámica humana.

Nunca podrá ya olvidarse que el hombre, por creación de Dios, es un ser en sociedad. Consecuentemente, esta sociedad es un elemento esencial para entender al hombre y para explicar una infinidad de reacciones suyas. La trascendencia que tiene todo esto para una teología actualizada del discernimiento de espíritus es incalculable. Y lo mismo hay que decir para la catequesis. Hemos de formar cristianos que van a convivir en un continuo intercambio de formas de pensar y de valores, que pondrán a prueba su fe, sus motivos para creer, el mantenimiento de sus convicciones. Teología, discernimiento, magisterio y catequesis están llamados desde aquí a una honda colaboración y armonía, si queremos transmitir

a las generaciones más jóvenes una forma atractiva y a la vez acertada de vida cristiana.

Por otra parte, existen también las sospechas. Normalmente nacerán después de descubrir explicaciones naturales a fenómenos o experiencias interiores que estábamos acostumbrados a catalogar como intervenciones especiales de Dios. O sospechas de que falta justificación, por ejemplo, para ciertos modos de proceder en asuntos de obediencia eclesial. Hoy conocemos mejor la importancia que tiene, para un adecuado comportamiento humano, el sentido de la participación o de la corresponsabilidad. En consecuencia, la teología de la obediencia adquiere nuevas perspectivas; nuevos datos para determinar, con una mayor fidelidad, dónde está el fundamento y la acertada praxis de una obediencia por el Reino de los Cielos.

Nadie osará ya defender que es mejor obedecer sin entender en absoluto la razón de lo que se manda o sin una referencia a la corresponsabilidad del que obedece. Ha cambiado la comprensión misma del "obediente cristiano": los propios presupuestos que el hombre tiene para obedecer. De forma que lo que quizás en un principio aparecía como virtud, hoy puede aparecer como una pasividad nada significativa y demasiado cómoda de cara al Reino de los Cielos.

Cada vez descubrimos con más fuerza que la simple obediencia de ejecución, aunque en algunos casos no presente problemas al que obedece y pueda ser más cómoda para el que manda, tiene un grado bajísimo de valor en la escala de la obediencia cristiana. Ya lo apuntó San Ignacio cuando afirmaba que "no merece el nombre" de tal, "por no llegar al valor de esta virtud"⁷.

Todos estos cambios de cultura y mentalidad del mundo moderno están influyendo mucho en el desenvolvimiento de la teología del discernimiento espiritual. Se intenta definir mejor el marco comunitario que determina la relación entre el superior y cada miembro de la comunidad. O cómo se comparte la responsabilidad de buscar la voluntad de Dios en un mundo tan variopinto como el nuestro; en una variedad tan enorme de mediaciones y de culturas entremezcladas, cada una de las cuales nos grita a Dios tan a su modo que el resultado no es ningún concierto agradable, sino una

⁷ Ignacio de Loyola, *Obras completas* (Madrid, BAC, 1991) carta n. 87, p. 936.

voz desgarrada de un Dios desgarrado... por un mundo demasiado desunido.

Mundo puesto en la confusión. Esto está motivando, teológicamente, la necesidad de un discernimiento renovado. Tenemos que volver a la necesidad de discernimiento que experimentaba la Iglesia en sus orígenes, cuando todo estaba por hacer, en referencia a la nueva humanidad que apuntaba y a un mundo en el que ella, la Iglesia, era una recién nacida.

La búsqueda de Dios en un mundo nuevo y desgarrado exige que el discernimiento vuelva a ocupar un primer plano en el quehacer eclesial de nuestro tiempo. Bien está que desenmascaremos proféticamente el pecado del mundo y su injusticia; bien está que el Magisterio dé doctrina. Pero no resolveremos las dificultades que la Iglesia tiene para entrar en el mundo moderno si, además y por encima de todo eso, no aprendemos a discernir juntos todos los que podamos hacerlo; en humildad y pobreza fraterna, empezando por escuchar a nuestros agresores o a los que creemos que no nos entienden. ¿No nos ha puesto para algo de eso el Espíritu Santo en medio de la gente? ¿Sobre todo para enseñar a buscar...?

VI. EL DISCERNIMIENTO EN SUS ELEMENTOS FUNDAMENTALES

Al hilo de lo que acabamos de decir al final del capítulo anterior, parece imponerse la urgencia de conocer con cierta precisión qué es el discernimiento espiritual. Hoy llamamos discernimiento a muchas actividades que desarrollamos, sobre todo en la búsqueda de una decisión que queramos tomar. Pero eso no es bueno. No porque minusvaloremos algunas de ellas, sino para que sepamos situarnos bien en nuestro papel, en un ejercicio que intenta penetrar con la fe secretos que nos superan.

Por esa razón voy a comentar con vosotros, brevemente, una especie de descripción de lo que entiendo que es el discernimiento. No pretendo ser asertivo, sino sugerente. Mi objetivo es suscitar interrogantes sobre nuestro modo de proceder en catequesis. Comprender bien lo que significa el discernimiento es fundamental en la formación catequética, según venimos diciendo.

1. *El discernimiento como actitud*

Casi siempre entendemos el discernimiento como una actividad que de vez en cuando intentamos realizar. Pero bien podríamos entenderlo como una característica, un estilo o modo de ser del hombre de fe. Es decir, un hombre que ha descubierto al Señor Jesús como centro de su vida. A partir de ahí, esta persona entiende su vida en clave de servicio, y ello le impone una actitud de búsqueda constante para ver dónde y cómo servir más y mejor. Necesitará enlazar los acontecimientos de su vida y entorno con ese Señor al que desea servir precisamente en esos acontecimientos y al margen de ellos. Lo cual le llevará a ver a Dios en todas las cosas de la vida, de forma interrogante y comprometida.

Que esa llamada se realice en una vocación o en otra también habrá que pensárselo. Pero, en todo caso, esa persona sentirá la absoluta necesidad de permanecer a la escucha de nuevas manifestaciones de Dios, que son las que le orientarán y llevarán a tomar las decisiones apostólicas más convenientes. Pendientes de la Palabra más que del pan, como lo estaba Jesús. Una Palabra que nunca se queda en sí misma, sino que en virtud de su propio peso tiende a realizarse, para "llevar a plenitud su obra en el mundo" por medio de nosotros y de nuestras acertadas decisiones apostólicas. Porque lo dicho para una persona en particular debe decirse de la misma manera de los grupos o comunidades cristianas. Para todos, ese permanecer abiertos día y noche a esa Palabra, en disponibilidad continua y según las posibilidades de la propia vida, es estar en actitud de discernimiento espiritual.

2. *El discernimiento como acto*

Lógicamente, esa actitud estable en la vida tiene momentos particulares de actuación puntual. Si quisiéramos determinar los elementos que caracterizan esa actuación concreta, creo que podríamos articularlos en una descripción como ésta:

El discernimiento como acto es un ejercicio espiritual en el cual, a través de la percepción y el análisis de ciertas experiencias, podemos llegar a sentir y conocer la acción de Dios en nosotros. Y, a partir de ella, podemos llegar a deducir el conocimiento de su voluntad en la disposición de nuestras vidas y actividades particulares, siempre en orden a una decisión.

Si este ejercicio lo hace una sola persona (cosa poco recomendable, por la facilidad de equivocaciones), el discernimiento será personal. Si lo hace una persona acompañada por quien le ayude a hacerlo con garantías, será personal acompañado. Ésta es la manera prevista como la más normal para discernir. Si este ejercicio se hace en grupo, tendríamos el llamado discernimiento comunitario.

Más adelante haremos alguna precisión mayor de estos términos ordinariamente empleados. En definitiva, de una forma o de otra, aquí estaría la actitud esencial, el conjunto de elementos esenciales del verdadero discernimiento espiritual.

Comentemos algunos de los términos de esta descripción. Se parte de la *percepción y análisis* y de *ciertas experiencias*. Para que haya discernimiento tiene que haber experiencia de vida y experiencia espiritual. La percepción implica una capacidad, una sensibilidad en la persona, para captar los acontecimientos en su densidad entera. Si, por cualquier circunstancia, la persona está bloqueada o insensible, será incapaz de funcionar en este ejercicio. Necesitará flexibilidad, apertura y capacidad receptiva; en una palabra, percepción.

Pero ella sola no es suficiente. Porque la percepción, en su primer momento, es más bien de tipo pasivo. Hace falta una reacción del sujeto, en respuesta a esas percepciones que se nos meten dentro. Esto es lo que quiero expresar con la palabra "análisis", que viene a coincidir con una palabra tan ignaciana como "examen".

Es un examen de las experiencias, entendido en su sentido más complejo y rico. Es decir, es esa atención activa en la que la persona contribuye con sus facultades para *sentir y conocer* a Dios en la propia vida ordinaria, simultáneamente en forma de gracia y exigencia. El análisis implica, por lo tanto, una reflexión sobre estas experiencias percibidas. Por supuesto, no siempre es necesaria ni primordial la referencia a una normativa moral, como sugiere con mayor frecuencia la palabra "examen". Sí lo es, por el contrario, una atención valorativa a la presencia activa del Espíritu en la propia actividad; un darse cuenta del verdadero y hondo significado de los acontecimientos de la vida ordinaria, dejándose afectar por ellos desde Dios. Este es el análisis específico que aquí se postula, sin el cual no hay discernimiento posible.

Las *ciertas experiencias* a que me refiero parten fundamentalmente de dos focos: uno que viene de dentro de mí mismo y otro de fuera. Porque

no todas las experiencias posibles valen para discernir. Algunas son para rechazar sin más. Otras son para olvidarlas lo más rápidamente posible. Pero otras hay que pensarlas y orarlas más despacio, porque sólo así sueltan toda su substancia.

Sin ánimo de ordenarlas por su importancia con relación al discernimiento, un grupo de estas experiencias válidas provienen del primer foco o fuente que es la propia vida interior del sujeto que discierne. Dios no sólo nos habla a través de acontecimientos, sino que nos habla también al corazón, como Padre que es. De este tipo son las experiencias producidas en el ámbito de la vida de oración, en el que intentamos esa confluencia unificada de nuestras facultades humanas, en búsqueda de un contacto lo más inmediato posible con Dios⁸. San Ignacio habla de mociones interiores, consolaciones y desolaciones, o movimientos de diversos espíritus, que en este caso acontecerían en las propias operaciones internas del individuo que se pone en oración, la prepara, acoge los afectos que se producen, éstos expresa en forma de coloquios o queda en actitud contemplativa más quieta.

Éste es el ámbito apropiado para experiencias espirituales y, como tales, son válidas para el discernimiento. Precisamente a través de él producirán efectos posteriores en la realidad de la vida. Cuanto más familiar se nos haga este nuestro mundo interior, tanto más fácil y eficaz será nuestro discernimiento.

Pero no sólo valen tales experiencias. También caben — ¡y son necesarias! — las que nacen a partir de la realidad histórica, las cosas que acontecen en la vida y nos acontecen a nosotros. Esa historia que se da alrededor de mí o en mí es fuente de Palabra de Dios y, por tanto, da origen a una experiencia.

Quizá alguien se pregunte por qué hablo de análisis de experiencias y no de análisis de la realidad. Entiendo que el primero es un paso más hacia la interioridad que todo discernimiento requiere respecto del segundo. Los acontecimientos históricos, en sí mismos, no son suficientes para el discernimiento. Como tampoco valen si sólo los consideramos en sus dimensiones sociales o políticas, tal como nos los suelen servir los medios de comunicación. Para discernir tenemos que perforar la noticia que nos

⁸ Por ejemplo véase hacia dónde apuntan los números [3] y [15] de los *Ejercicios*.

llega, hasta alcanzar la zona en que ésta nos toca y nos impacta, es decir, se transforma en *experiencia* propia.

En nuestro mundo actual, este modo de vivir la realidad debería ser habitual. Porque sólo así pueden evitarse procesos de manipulación mental a base de noticias no limpias o demasiado "preparadas".

Quizás con lo dicho podamos percibir algunas diferencias importantes entre el proceso de discernimiento cristiano y otros análisis de la realidad, a los que tiempos atrás nos tuvieron acostumbrados algunos movimientos ideológicos y políticos. Éstos corren el peligro de pasar menos por la persona. Se piensa con mayor objetivación; quizás incluso con mayor frialdad y más estructuralmente, como si la solución estuviera más ahí fuera y no se midieran tanto los costos humanos de las revoluciones. No viene tan fácilmente a la cabeza la idea de que quizá soy yo quien tiene que empezar desde mi pobreza y poco a poco, comprometiendo la propia capacidad de amar, sin excepción, incluido el enemigo.

El discernimiento cristiano cuenta más con la libertad para *hacer* la historia, para modificarla. De esta suerte, se produce una verdadera simbiosis entre el ser humano y su contorno, en el que aquél se manifiesta como verdadero creador de éste, a imagen y semejanza del Creador y Padre original.

En esta simbiosis, de claro carácter humanista y "hominizador", nos sentimos capaces de devolver al mundo, como fruto del discernimiento cristiano, el carácter primordial de ser que tuvo para el hombre; de hacerlo culminar en el hombre; en una palabra, de "hominizarlo". Gracias al discernimiento y al diálogo cristianos, somos capaces no ya de provocar reaccionariamente causas contra causas; revoluciones contra revoluciones, como si se tratara de reacciones físico-químicas o poco menos. Pero sí seremos capaces, al menos en cierto grado y si aunamos solidariamente los esfuerzos, de *conducir* el mundo, llevándolo a su pleno desarrollo, que está precisamente en el hombre, haciéndole dar productos auténticamente humanos. Pero para eso necesitamos pensar en el mundo como quien busca en él al Padre común, con corazón fraternal, porque nuestra única respuesta cristiana posible es el amor, también en referencia al mundo-ambiente.

He aquí por qué creo importante esto de la experiencia y la interioridad; no trabajando sólo a base de hechos y datos desnudos, en sí mismos, si no se ve a las personas, hijos todos de Dios y hermanos míos en ellos.

Esta sensibilidad va a jugar un papel importante en la praxis cotidiana del discernimiento espiritual.

Además, esta visión de la realidad es más comprometedora. Si yo me siento tocado por los acontecimientos, estaré capacitado para percibir la voz del Espíritu (que suena dentro) y podré responder a ella. La persona que busca a Dios en su vida ha de ser más profunda tocando la realidad, metiéndose más en ella ("com-pro-metiéndose") hasta hacerla *su* realidad, su vida. ¿No lo hizo así Jesús? Aquí aparece una conexión importante entre discernimiento y encarnación que no podemos ahora abordar. Lo mismo tenemos que decir de la conexión entre discernimiento y misterio pascual. Jesús entra en él desde la plena y constante obediencia al Padre y desde la búsqueda de su voluntad, particularmente en Getsemaní. Y es que, para todos, discernir cristianamente es jugar con fuego. Por eso estamos bastante lejos aún del verdadero discernimiento.

1. *La familiaridad con Dios*

¿Hacia dónde nos lleva este análisis de experiencias o mociones? Según nuestro conato de definición, tendremos que distinguir tres pasos como resultado de este análisis. El primero lo expresábamos así: "podemos llegar a sentir y conocer la acción de Dios en nosotros".

Con cierta frecuencia somos demasiado pragmáticos al hacer discernimientos y queremos que éstos lleguen pronto a la toma de decisiones. Pero antes nos esperan momentos preciosos: por ejemplo, el momento en el cual yo voy aprendiendo a entender el lenguaje de Dios en mí; me voy familiarizando con ese lenguaje; percibo el impacto que me produce por dentro, y aprendo a responder, a callar acogiendo, a dialogar. Es, en cierto sentido, recuperar el estado de Adán anterior al pecado, cuando el hombre se paseaba con su Creador por el jardín, contemplando y dando nombre a todas las cosas. Jesús, con su entrega, ha hecho posible este reencuentro. Ya es hora de "habituarse" a ver a Dios en todas las cosas de forma dialogante, como quien toma posesión porque le han dado el jardín. Nos lo ha dado a todos, y Él quiere enseñarnos a poseerlo y disfrutarlo en común. Es ésta una verdadera sabiduría del espíritu, que hace gozosa nuestra vida en comunión, pero que sólo Dios comunica con *su* lenguaje, es decir, con su modo de "comprender" (digámoslo humanamente) la creación.

2. *Conocimiento de su voluntad*

Sólo pasando por este estadio de connaturalidad con Dios, que nos lleva a comprender la vida y las cosas desde Él, podemos llegar a lo que aquí y ahora es voluntad de Dios para nosotros. Tal voluntad no aparece nunca como algo improvisado, sacado de la manga o llovida del cielo. Esa voluntad de Dios aquí y ahora viene preparada, coherente con un pasado, aunque provoque crisis en un determinado momento. No es algo extrínseco a la persona ni absolutamente nueva: ya ha tenido antes una relación con ella. La voluntad de Dios tiene siempre un carácter creacional: es continua; tiene una preparación en el propio sujeto; es algo intrínseco a él, y forma parte de un proceso de creación continuada o progreso que no es ajeno al individuo que busca esa voluntad divina.

De aquí la importancia de conocerse a sí mismo y las propias reacciones y sentimientos. También es importante sentir cómo Dios se acomoda tan perfectamente a cada ser humano, en orden a sacar de él el mejor partido para su más plena floración, entendiendo esa floración no en clave de un individuo solitario, sino en clave de todo el colectivo humano, de la humanidad entera, incluido su devenir histórico, porque sólo en él cada persona en particular podrá ser enteramente "creada" del todo. En el fondo, esa plenitud de la humanidad es la única voluntad de Dios que existe para nosotros. Para conocerla necesitamos tener una idea clara de lo que Él ha ido haciendo en nosotros hasta el presente; o, dicho de otra manera, necesitamos tener con él un trato familiar. La voluntad de Dios para nosotros no saldrá en forma de oráculo, ni por arte de prestidigitación, ni de voluntarismo en la búsqueda, sino por arte de connaturalidad: un paso detrás de otro en seguimiento paciente, con cierta sensata provisionalidad en completa disponibilidad dentro de nuestro poco saber.

3. *La decisión*

La voluntad de Dios siempre es comprometedora. El tercer momento al que nos conduce el discernimiento espiritual es una decisión. No quiero decir que siempre la tomemos, sino que siempre se tiende a ella. El discernimiento no es para quedarse en un conocimiento abstracto e inoperante de los movimientos de Dios en mi vida interior, sino que siempre se orienta a una acción decidida. Probablemente, siempre necesitaremos introducir nuevos elementos para tomar decisiones de acción, porque casi nunca será suficiente el puro discernimiento de las mociones. Pero ese

discernimiento es de por sí impulsor; se nos da como un don para la transformación de la realidad; como si ésa fuera la manera que Dios tiene ahora de seguir siendo Creador con nosotros. Si no nos comprometemos, la creación sufrirá retrasos y se producirá con desequilibrios y parcialidades, porque no damos cauce a la universalidad divina, que es totalidad y armonía. Y es que unos se deciden y otros no. Unos se deciden a la clonación humana, por ejemplo, mientras que otros se distraen en la Iglesia con problemas absolutamente bobos, cuando la casa se está quemando. Nos falta operatividad, aunque nos sobre nerviosismo. Nos bloqueamos unos a otros continuamente en la Iglesia actual. Falta eficacia creadora hacia lo divino porque falta discernimiento.

4. *Las reglas de juego del discernimiento*

Pero por algo falta discernimiento. Hay unos condicionamientos ineludibles para él, sin los cuales resulta inútil intentar discernir. Por eso, desde el concepto mismo de discernimiento y para entenderlo bien, hemos de decir una palabra de estos condicionamientos básicos para este proceso del que estamos disertando hoy.

Lo fundamental es saber distinguir entre fines y medios. Si los confundimos, ni sabremos qué estamos buscando ni por qué lo buscamos. Los fines hay que tenerlos claros y definidos. Además, si se trata de una deliberación en común, esos fines deben ser conocidos y participados por todos los que intervienen. Otra cosa es que podamos expresarlos de diferente manera: alabanza de Dios; servicio divino; ayudar a los demás en la consecución de los objetivos para los que fueron creados; favorecer la implantación de los valores del Reino de Dios y su justicia entre nosotros, en lo cual entendemos que está el pleno desarrollo humano.

Por los ejemplos expuestos, caeremos en la cuenta de que, para discernir, el fin pretendido debe ser de alguna manera trascendente, descubierto desde una fe comprometida. En definitiva, el fin último es el que preside y orienta el discernimiento y la decisión. Como sucede en el principio y fundamento o en la elección de los Ejercicios ignacianos. Ignacio siempre nos remite a él. Él es indiscutible; es el punto firme de partida en toda búsqueda, y, en referencia a él, nada debe darse por supuesto: todo queda subordinado a él, porque "el ojo de nuestra intención debe ser simple"⁹.

⁹ *Ejercicios* [169].

No se pueden pretender dos fines a la vez, como no se puede servir a la vez a dos señores.

El discernimiento gira en torno a los medios: ¿cuáles son los mejores para lograr el fin? Puede haber medios más o menos importantes: más o menos ligados con el fin último, y ello dará lugar a discernimientos más o menos primarios. Habrá que ir paso a paso. Pero todo el pensamiento ignaciano en torno a la elección se construye sobre la insistencia, repetida hasta la saciedad, de que la luz del último e indiscutido fin es la que guía todo el proceso, si no queremos perdernos o engañarnos¹⁰.

Por esta falta de insistencia en la explicitación del último fin fracasan muchos de nuestros procesos de discernimiento. Porque este fin no es sólo para tenerlo presente. Hay que desearlo apasionadamente. Sólo buscamos afanosamente los mejores medios cuando existe en nosotros el deseo irreprimible de conseguir los fines pretendidos. El discernimiento espiritual está hecho para hombres y mujeres de deseos. De lo contrario no funcionará ni el entendimiento ni la imaginación, que a veces es más eficaz. Sólo haremos un trabajo cansino que nos adormece. Hay que poner en funcionamiento a todo el hombre, o al grupo entero, cuando muchos han de participar.

Por eso es de desear que el fin no sea expresado en forma de tesis o de palabras abstractas. El fin ha de tener un rostro. Ha de ser oído. Propuesto como tarea apasionante y, al mismo tiempo, como relación atractiva. La atracción al fin último no puede ser experimentada sino en Jesús, porque, en definitiva, ese fin no es otra cosa que la persona misma de Jesús y su Reino. Por consiguiente, la mejor actitud para discernir es la de dejarse impactar por la persona y la misión de Jesús: Jesús y su Reino. No existe otra expresión mejor.

Hoy no es nada fácil mantener esta lucidez acerca del sentido y fin último de la vida. La dispersión de intereses y preocupaciones nos dificultan una mínima unificación de nuestra vida. Nuestra gente, los jóvenes, los niños, en la medida en que se van dando cuenta, los adultos, viven en un mundo tremendamente relativista, donde no están claros los fines, ni éstos se distinguen bien de los medios. Preguntas como para qué vivir, cuáles son los horizontes de la vida, son frecuentes hoy entre los que vienen a la catequesis. Hay, por lo tanto, un relativismo y una enorme

¹⁰ Véase sobre todo el ya citado n. [169] de los *Ejercicios*, pero también el final del *Principio y Fundamento* [23], y la meditación de *Binarios* [149-155].

pluralidad dispersa respecto a los medios. Tanto se oye decir que todo vale como que nada vale. Todo es igual.

Este relativismo puede afectar también a los acompañantes, tanto en el discernimiento como en la catequesis. Los acompañantes también son muy plurales. Son personas llenas de buena voluntad; posiblemente no del todo aclaradas respecto al sentido de la vida y de los compromisos cristianos. Frente a lo que acabamos de decir, acerca de la explicitación del último fin poniéndolo en Jesús y su Reino, puede haber mentalidades que juzgan demasiado lejana esa definición y tenderán a decir que para ellos la vida cristiana consiste en hacer esto o aquello; en ir a tal sitio o al otro; en trabajar, sin más, en bien de los demás.

Lo mismo ocurre con los medios más adecuados. Aunque todos se sientan comprometidos con una vida cristiana, no todos diran lo mismo. Unos insistirán en ciertas prácticas de piedad, mientras que otros las rechazarán o no les darán importancia, poniendo la fuerza en compromisos más mundanos. Hay quienes piensan que la gente, en el terreno religioso, está hoy afectada de una confusión tremenda que lo que consigue es paralizar muchas energías y hacer sufrir con la desesperanza.

Esta confusión, que se manifiesta en un fuerte relativismo, es fruto de una carencia de discernimiento espiritual. Hemos ido perdiendo una serie de valores cristianos o de perspectivas más o menos cristianas de la vida, que eran de común aceptación social en ambientes católicos. Desgraciadamente, esas pérdidas están siendo sustituidas por nada. Aún nos mantene-mos en el "tira y afloja" de la cuerda. El resultado, por ahora, es que hay mucha gente que se encuentra absolutamente desorientada, sin valores ni claves para tomar opciones particulares en la vida. Y con esto no hay más remedio que contar.

Quiere decirse, en lo que a nosotros nos toca en este momento, que podemos encontrar comunidades en las que se pueden explicitar con mucha claridad los fines porque éstos son muy participados y conocidos. Mientras que habrá otras comunidades donde, si queremos empezar a dar pasos en el discernimiento, tendremos que contentarnos con una formulación de los fines sumamente general porque no llega a más. Pero tenemos que comulgar en algo. Si no comulgamos en los fines a conseguir, difícilmente haremos discernimiento. Y, así, no creceremos como comunidad.

Hemos de acostumbrarnos a ir poco a poco. Por ejemplo, en un grupo incipiente formado por personas dispares, podríamos proponer algo así: "lo que buscamos es cómo ayudar a gente de la parroquia que tiene

necesidad económica", o "a tal grupo que anda merodeando por los alrededores del mundo de la droga". Este tipo de objetivos, suficiente para hacer pequeños discernimientos, suele ser bueno porque son prácticos y en virtud de ellos se puede ir formando a la vez el grupo y descubriendo poco a poco el Reino de Dios con mayor univocidad. Porque todo esto es interactivo; se puede partir de la posesión clara de los fines y pasar luego a la decisión de los medios. También puede suceder que, a partir del ejercicio de unos medios de caridad, de amor, de entrega personal, se vayan explicitando y ahondando más los objetivos trascendentes de la vida.

En esto tenemos que ser muy conscientes y prácticos: debe haber algo compartido que nos permita trabajar unidos; sabiendo y deseando juntos lo que buscamos. Pero, tenemos que sabernos contentar con poco al principio.

A partir de aquí hemos de rehacer nuestra actitud respecto a los medios. La persona o el grupo que quiera discernir tiene que estar indiferente a ellos. Porque la auténtica indiferencia cristiana se refiere a los medios, no a los fines. Los fines se desean; los medios se escogen, según su utilidad, simplemente. A ellos se refiere el proceso de elección en los Ejercicios. Se estiman en función de su eficacia para conseguir el fin. Se aman con un amor no final o absoluto, sino siempre abierto, referido al fin que es amado en ellos.

Los ejemplos puestos en el Principio y Fundamento aclaran mucho nuestra actitud respecto a ellos. No es que sintamos nada de atracción o repulsa cuando pensamos en ellos. Pero no nos detenemos en ellos, sino que los trascendemos; nos remiten más allá de sí mismos, y precisamente en esto reside su importancia para la vida; ése es el motivo por el que los queremos. En concreto, aquí y ahora, ¿ayuda más pobreza que riqueza, salud que enfermedad, vida corta que vida larga...?

En esto es donde normalmente tropezamos. Si vamos al discernimiento con doblez de mira, queriendo agradar a Dios pero pretendiendo a la vez fines buscados por sí mismos, no habrá manera de hacer un discernimiento espiritual, porque esos medios pueden no ir encaminados puramente a Dios y a su Reino. Es el problema de las afecciones desordenadas, que al ponerme condicionantes más o menos conscientes en mi búsqueda impiden la claridad y sencillez propia de Dios.

Indiferencia cristiana es buscar en mi vida el Reino de Dios y su justicia, sin dar por supuesta ninguna otra vinculación con cualquier otra

cosa, persona o grupo, por buenos y santos que sean. Indiferencia es apasionamiento, punto de partida para discernir.

Pero no siempre es fácil distinguir el fin de los medios. Porque ese fin no es abstracto, sino algo a promover en la realidad de nuestro mundo a través de la encarnación. Por ejemplo: así como el vivir conforme al Evangelio de Jesús no es objeto de elección, sino que forma parte del fin, lo mismo hay que decir del vivir en pobreza cristiana, de la solidaridad, de la opción preferencial por los pobres o del vivir en clave de amor fraterno y gratuito. Todo eso pertenece al fin. Por lo tanto, nada de eso es objeto de elección propiamente dicha, sino que es objeto del apasionamiento previo y motivador de elecciones en búsqueda de los mejores medios para vivir esas realidades indiscutibles.

Si he de irme a un país del Tercer Mundo o no; si he de entrar en vida religiosa o no; si he de cambiar mi tren de vida y en qué dirección; si he de cambiar de trabajo; cómo he de vivir esa pobreza con una mujer y unos hijos, que tienen quizás planteamientos básicos distintos... todo eso sí es materia de elección.

Por tanto, y a modo de resumen respecto de los medios: esta indiferencia descrita es la actitud de salida, hasta que no se vea que por unos medios procedo con mayor rapidez y plenitud a la consecución del fin pretendido. Si nos ponemos a discernir con dobles miras y ambigüedades; con búsqueda de Dios, pero también de otras cosas o circunstancias; si vamos buscando otros intereses o fines torcidos que a lo mejor incluso son desconocidos para nosotros mismos porque son inconscientes, pero me influyen, no habrá manera de hacer un discernimiento válido, porque dentro de mí o del grupo existirán fuerzas contrarias que no sabemos hacia dónde nos arrastrarán; si hacia Dios o hacia la consecución lateral de otros fines inconfesados que podemos tener yo o el grupo en que me encuentro.

Otra cosa distinta es que tengamos en cuenta los condicionamientos reales y objetivos de nuestra actitud de indiferencia. Porque no todos estamos llamados a una indiferencia idéntica. Mil circunstancias la definen. Pensemos en nuestras capacidades físicas, intelectuales o emocionales. Pensemos en determinaciones tomadas con anterioridad que condicionan de por vida.

Cuando una persona se encuentra con Jesucristo, cae en la cuenta de que tiene que empezar a cambiar su vida en una serie de actitudes y costumbres. Pero la vida condiciona a medida que se vive. ¿Hasta qué

punto una persona de veinticinco o treinta años puede presentar una indiferencia absoluta? Hay que contar con los condicionamientos económicos, profesionales y, por qué no, familiares. ¿Podemos hablar de verdadera indiferencia cristiana?

En todo caso hay que tener en cuenta condicionamientos y opciones previas, aunque no hayan estado bien tomadas del todo. Esto se presupone al hablar de la indiferencia. También hay que tener en cuenta, y con cierta prioridad, a otras posibles personas implicadas. No está ahí el verdadero problema, sino en el sujeto. Las opciones discernidas deben tener en cuenta la actual situación real del individuo y su contorno vital.

El problema está en poner tanto énfasis en estas circunstancias ambientales que uno las aproveche para justificar su estancamiento total. Contar con ellas es realista. Apelar a ellas una y otra vez es salirse de la realidad comprometedor. Es más: ir alcanzando poco a poco mayores cotas de indiferencia puede ser un fruto precioso, precisamente de ciertos discernimientos. Se puede ir mejorando, si de verdad se quiere. Lo que hace falta, por encima de todo, es que la persona se haga vulnerable a las realidades que le pueden venir de fuera, y haga lo que pueda. Su corazón está limpio, "ordenado", sensible, no centrado sobre sí mismo.

Lo difícil de la indiferencia es cuando nos encontramos con personas bloqueadas que sistemáticamente oponen una objeción a todo aquello que se les sugiere. Con este tipo de personas, que tienen una respuesta para todo y no salen de sí mismas, no se puede hacer discernimiento. Con personas abiertas, que incluso se reconocen afectadas por intereses egoístas, sí se puede hacer. Cuánto más si la situación impone modos definidos de realizar la ayuda.

Todo esto tiene que salir a flote antes de elegir. Tenemos que trabajarlos; conocernos y conocer lo que realmente impulsa nuestra vida; en función de qué elegimos; quién es el que manda en nosotros de verdad y en nuestras decisiones. Y con qué circunstancias y personas hemos de contar. Por ellas también nos llega una voluntad de Dios que no podemos desoír. Estar así dispuesto es lo que llamaría San Ignacio estar en tiempo de elegir.

Tampoco hablamos de dejar de sentir impulsos, porque el sentimiento es algo que está por encima de nuestras posibilidades. Una persona puede tener ciertos sentimientos que no se van, que siguen presentes ahí, incluso después de haber tomado una determinación. Por lo tanto, es necesario conocer bien esas tendencias y saber que tenemos peligro de dejarnos

llevar por ellas. Sólo así podremos poner remedios adecuados; por ejemplo, admitiendo de corazón a una persona que nos ayude, que nos relativice, que nos contraste y nos acompañe en el discernimiento espiritual. Esta es la razón de la necesidad del acompañamiento espiritual: el que nos ayude a ser indiferentes ante los medios para conseguir el fin.

5. *La subjetividad del discernimiento*

En la catequesis intentamos con razón ser lo más objetivos posible en la transmisión de la doctrina y de la vida cristianas. Por eso, una vez que hemos comentado los elementos básicos del discernimiento cristiano, quizá convenga aclarar un poco más su dimensión subjetiva, en cuanto que las mociones tienen lugar siempre en la intimidad de la persona, sin que puedan darse fuera.

La subjetividad es, por una parte, elemento clave no ya en el discernimiento de las mociones, sino en toda la vida cristiana. Pero, por otra, suele producir una gran desconfianza. Es necesario valorar todos esos aspectos de la fantasía, la imaginación, los sentimientos, el deseo, etc. Pero todavía en la formación pastoral catequética hay una enorme desconfianza en todos esos aspectos.

Incluso está sucediendo un fenómeno que merecería captar nuestra atención en este momento. Y es que los aspectos más relativos a la subjetividad personal, de alguna manera los estamos desviando a otros ámbitos, a otras instituciones o a otros saberes y prácticas, que trabajan como en paralelo y con otro tipo de influencia. Me refiero v. gr. a la psicología (y dentro de ella a muy variadas escuelas); a la psiquiatría; a la psicoterapia, bien sea personal o grupal; a la dinámica de grupos; a la relación de ayuda; consultorios de pareja o de relaciones familiares...

La Iglesia de alguna manera ha prescindido de, o por lo menos no ha valorado suficientemente, la importancia de esos aspectos de la subjetividad humana y se nos está escapando, si no hemos perdido ya, toda esa dimensión de la relación interpersonal y de la subjetividad, sobre todo en sus aspectos problemáticos que hoy tanto abundan.

Seamos más sinceros y vayamos más a la raíz. ¿No hay en la Iglesia una especie de recelo respecto a todo lo que sea subjetividad? Buscamos más bien todo lo que sea seguridad de transmisión de doctrina de la Iglesia, como principios dominadores de la propia vida y de la propia responsabilidad. Tendemos a insistir, dentro de la moral, en normas de

proceder claras, terminantes, objetivas, de suerte que la subjetividad queda reducida, en la práctica, al trabajo de conformar sin más la propia conciencia a esas normas. En conformidad con ellas, cada uno tiene que rectificar su propia conciencia y obrar en consecuencia, aplicándolas a su realidad personal, como a un puro caso particular.

Tal modo de proceder es fácil y expeditivo. Pero no siempre resuelve las cosas, porque nos encontramos con mucha frecuencia con casos en los que no hay más remedio que escoger un mal menor —basta tener cierta práctica pastoral del sacramento de la penitencia o en la dirección espiritual— con referencia a otras posibles soluciones que resultan peores en la vida, incluso en el terreno moral, sin hablar de derivaciones peligrosas hacia el campo de la salud psíquica.

Tal tipo de soluciones está prevista en los principios generales de la moral cristiana. Y, sin embargo, a la hora de la verdad suele ser poco frecuente tener la valentía de aplicarlos. Preferimos limitarnos a la enunciación escueta de la doctrina de la Iglesia, dejando que cada uno se arregle después en lo que hace con ellos.

El recelo para con la subjetividad es antiguo en la Iglesia. Es verdad que ha habido momentos de muchos abusos, de duros enfrentamientos y rupturas dolorosas, causadas por empecinamientos en la propia manera de ver las cosas o en diversas formas de iluminismos. Pero ello no es razón para no reconocer y estimar ese recinto interior del ser humano, donde él siente su propia vida, sufre y goza; donde se fraguan decisiones; donde tiene lugar el más inefable encuentro consigo mismo y con Dios, que nos tiene hechos templos suyos. No tenemos derecho alguno a minusvalorar estas dimensiones de hondura, y nuestra formación cristiana debería más bien agrandarlas mediante un sano ejercicio de libertad. Así parece exigirlo, además, nuestra cultura moderna y nuestra actual antropología.

Las expectativas actuales nos ponen de manifiesto que vamos a tratar con gente cada vez más desarrollada, con mayor subjetividad, mejor formada; que desea ser más tenida en cuenta; que tiene más necesidad de ello, y que además, objetivamente hablando, casi seguro tiene más conocimientos acerca de un determinado asunto que los que tienen que decidir sobre él en la Iglesia. Y estas personas tienen que ser tenidas en cuenta, aunque resulten muy "personales" en su manera de ver las cosas. Algo de esto hemos indicado ya más arriba.

Por otra parte, la subjetividad será cada vez menos peligrosa, si nos decidimos a formar mejor a la gente. En la medida en que procedamos de

esta manera, dando confianza a las personas, y acompañemos más por la línea de iniciación y desarrollo, cada vez tendremos personas más capaces de funcionar con una subjetividad sana, sin tanto peligro de buscar secretas compensaciones afectivas, por ejemplo.

Esto no significa ser ingenuo, ni en la catequesis ni en la escuela. De hecho, nos encontramos muchas veces con personas que están buscando este tipo de compensaciones u otras parecidas, incluso en su vida apostólica. Por eso hay tantas personas tan susceptibles. Y entonces ¿cómo van a discernir? Buscarán sin querer lo que más sacie su necesidad de reconocimiento y no lo que sea más adecuado. Todo esto hay que saberlo descubrir y es innegable.

Pero precisamente por eso tendríamos que modificar nuestra formación. No es nada conveniente que el niño o el adolescente se sienta más reconocido y promocionado en la escuela o en el centro educativo que en la catequesis. Poco a poco, tendríamos que ir dando una garantía y un principio de credibilidad mayor a la persona. Deberíamos favorecer su propio reconocimiento y estima, utilizando para ello incluso técnicas apropiadas y sencillas de dinámica de grupos. Porque también en los grupos de catequesis es donde se favorece el descubrimiento que cada uno de sus miembros va haciendo de sí mismo y de su propia estima, en un ambiente de acogida, respeto y contraste, que tan bien le cae a todo proceso de iniciación cristiana.

A partir de ahí, habrá que saber también limar aquello que no funcione tan bien y que haya que corregir. Pero siempre contando con ese mundo de la subjetividad, que tanto se cura cuando se expresa buscando comprensión. De lo contrario, corremos peligro de perder el noventa por ciento de la riqueza humana que Dios ha puesto en el ser humano para ser él mismo, desde dentro, y de forma connatural, el mejor anuncio del Reino de Dios.

6. *Subjetividad y autoridad*

Todo lo que venimos diciendo sobre el modo de leer la historia como acontecimiento de salvación; de quedar afectados por el acontecimiento por dentro; de preparar a las personas para tomar decisiones cristianas; de educar, en una palabra, para la responsabilidad personal y el trato íntimo con el Dios de la vida, es básico en la catequesis. Y en ello estamos empeñados todos, sin duda.

Pero, al mismo tiempo que intentamos orientar la catequesis en la Iglesia por esos derroteros, es también verdad que suelen venir imposiciones de la autoridad que, en parte, pueden dificultar esta orientación. Nos encontramos no sólo con lo que nosotros, como catequistas, queremos hacer en la formación, sino también con lo que nos viene impuesto. Y a veces sentimos una cierta contradicción, v. gr. a la hora de formar y dar consignas a nuestros catequistas para la orientación de su labor.

¿Hasta qué punto ante dos frentes, si no contradictorios sí algo divergentes, podemos salvar una formación para el discernimiento? ¿Qué pasos tendríamos que dar para que las personas se sitúen, según sus capacidades, ante su propia realidad, en su búsqueda de Dios o en su experiencia de Él, aunque lo que le viene de la autoridad le parezca negativo por impositivo y poco cercano a la realidad que viven?

En esta Iglesia, que vive lógicamente los cambios socio-culturales y de comprensión teológica en que estamos metidos y que son inevitables, si queremos ser un poco más útiles a nuestros hermanos, hay que saber formar para el cambio y desde el cambio. Vamos caminando poco a poco, con muchos altibajos, hacia un acercamiento a nuestra sociedad. Este acercamiento es imparabile, a pesar de las fuerzas involucionistas que buscan mayores seguridades.

Educar para el cambio significa ayudar a comprender el momento presente, con sus ambigüedades, pero también con el ansia de comunión, que es innegable. Hay que enseñar a salvar, en todo lo que se pueda, la proposición del otro¹¹; a abrirse a la valoración de sus razones (suponiendo que las tenga y no imponga su autoridad de forma no cristiana, porque eso se deberá rechazar como gran mal para la Iglesia).

El discernimiento en la catequesis deberá formar personas abiertas, que comprenden otras mentalidades y otras culturas, que han de ser admitidas sin mengua de la libertad interior, aunque la caridad y la comunión eclesial nos lleve a tomar posturas que no tomaríamos por nosotros mismos. Estos procesos deberían ser aclarados y motivados desde la caridad pobre y humilde que todo lo soporta con tal de que no coarte la libertad que Jesús nos consiguió o niegue la mutua estima. Esto en cuanto a la formación de cada persona. Pero, en la práctica, también habrá que

¹¹ *Ejercicios Espirituales* [22].

tener en cuenta los posibles excesos de la subjetividad, de la que estamos hablando.

Quisiera resaltar la importancia que tiene el grupo en la resolución de este tipo de conflictos que tanto abundan en nuestra Iglesia, en la que somos tan impositivos unos y otros. El grupo o comunidad tiene que ser la primera instancia formadora y contrastante de la subjetividad de cada persona que lo forma. Ésta es una función muy importante del grupo, porque la subjetividad, por ser patrimonio exclusivo de cada individuo, no es nunca, ella sola, principio único de actuación y de discernimiento. La subjetividad debe ser tenida en cuenta. Pero no es lo único ni lo que ha de prevalecer ante todo lo demás, sino que debe ser contrastada. Y la manera más fácil de hacerlo es en el propio grupo. Por eso es tan importante el elemento comunitario: por una parte recibe la aportación, y por otra la contrasta, ayudando al individuo a entender sus propios motivos, no siempre conscientes, para tal o cual modo de pensar, los limpios y los menos limpios.

La persona tiene que sentirse acogida por el grupo y, al mismo tiempo, dejar que el grupo le ayude a discernir los impulsos que tiene para una elección, los que valen y los que no valen tanto, los que son mediatizados por intereses creados, etc.

Todo esto lo hace el grupo como primera objetivación del individuo. En este sentido, el grupo hace las veces de Iglesia, que sale al paso del individuo particular y le contrasta¹².

Pero, a su vez, también el grupo tiene varias funciones que desempeñar en relación a la Jerarquía. El grupo tiene que ayudar a hacer comprender a sus miembros la situación de cambio, y muchas veces de vaivén, que estamos experimentando en la Iglesia. Por tanto, el grupo tiene que hacer un poco como de colchón para saber recibir y motivar bien la recepción de una actuación por parte de los pastores, aunque sea excesivamente de arriba abajo. El grupo debe ayudar a comprender en qué situación y en qué momento estamos; cómo venimos de una Iglesia que viene funcionando en verticalidad casi absoluta y sacralizada, no sólo desde la Edad media, sino también —y mucho— en la actualidad. La Iglesia ha ido troquelando modos de funcionamiento en los que la obediencia, entendida

¹² Cf. la regla 13 para el verdadero sentido de Iglesia en los *Ejercicios ignacianos* [365].

como sumisión, la estructura y la fidelidad a un exagerado respeto por lo sacralizado han influido muchísimo.

En esto ayudó poco lo que aconteció con el protestantismo. Lutero suscitó con su destemplada conducta un verdadero terror a la desobediencia en la Iglesia. Y Lutero era el hombre de la subjetividad; el hombre de la afirmación de la relación directa con Dios, de la relativización de la jerarquía y de la autoridad.

Tal postura desencadenó en la Iglesia una reacción de sentido contrario, que subrayó de forma probablemente exagerada una fidelidad entendida como acogida sistemática y acrítica de lo que viene de la autoridad. Había que dejar bien clara la potestad jurídica de mando de los pastores de la Iglesia. Los ataques a la Iglesia que vienen de la sociedad, a partir de la Ilustración y prácticamente hasta el Concilio Vaticano II, no ayudaron nada a que la Iglesia equilibrara mejor su modo de funcionar. El papado sustituyó en buena medida a la eclesialidad, incluso como experiencia interior de pertenencia a la misma Iglesia en muchas personas.

Hora es ya de equilibrarnos un poquito más, de perder miedo a las diferencias y de creer más en la base y en la Iglesia total, que en definitiva es la depositaria primordial del Espíritu. Son el Espíritu y la Esposa los que se unen para decir "¡Ven, Señor Jesús!" Es en ella donde el Espíritu promete su funcionamiento; en la Iglesia total, la "católica" de verdad, la universal. Ella es la auténtica garantía del Espíritu. Y, por lo tanto, en clave de grupo:

a) no sólo se respeta, enriquece y contrasta la subjetividad del individuo (¡de cualquier individuo, incluidos los superiores eclesiásticos, que también son individuos!),

b) sino que se favorece la comprensión de las circunstancias en que vivimos, muchas veces ambiguas, para hacer más comprensible la actuación de ciertos pastores, sin apartarse por ello afectivamente de la Iglesia,

c) y, por otro lado, el grupo también puede realizar con mayor eficacia una función para con los superiores en la Iglesia. Es la *representación* al superior que piensa decidir algo o lo ha decidido ya. Pueden y deben sugerirse modos de actuar que se crean mejores.

En este sentido, hay que enseñar a los grupos y a las personas particulares a sentirse en la Iglesia como en casa propia, de modo que sepan que pueden y deben acudir a un determinado pastor o a otras personas que

puedan remediar¹³, por ejemplo, un modo de ejercer la autoridad excesivamente verticalista o individualista. Tal modo de proceder es un mal para la Iglesia, y los pastores deben saber —una gran mayoría lo sabe bien por propia experiencia— que una buena parte de gobernar con acierto consiste en saber escuchar sin cansarse.

Todas las acciones que puedan realizarse en orden a la transformación de estilos autoritarios o impositivos irán bien. Y es claro que ello se consigue con mayor eficacia y continuidad cuando las determinaciones a representar se toman en grupo, es decir, un poco contrastadas. Porque no hablamos de grupos de presión, cuyos modos son de por sí tan contrarios a la comunión eclesial.

VII. LOS LÍMITES DEL DISCERNIMIENTO

No debemos olvidarnos de ellos. De lo contrario, absolutizaríamos en exceso este ejercicio, que no pasa de ser un medio de sensibilizarnos cada vez con mayor pureza al lenguaje de Dios percibido personalmente. Todo discernimiento se ordena a una elección. Porque la palabra de Dios es siempre comprometedora, acaba siempre por indicar una voluntad suya; es activa, impulsora dentro de nosotros.

Pero para llegar a una determinación son necesarias otras instancias, que no llegan a mí precisamente por vía de discernimiento. Al menos no llegan así necesariamente, es decir, por medio de mociones. Incluso en el caso de determinaciones personales, nos encontraremos con mucha frecuencia con circunstancias que nos vienen de la realidad objetiva; de los demás que comparten conmigo la vida; de la obediencia debida o de otras cosas parecidas. Tales realidades objetivas tienen que ser tenidas en cuenta a la hora de hacer la elección. El discernimiento de las mociones es necesario, pero quizá no es siempre suficiente para decidir en cristiano. San Ignacio tuvo que decidir volverse de Tierra Santa, a pesar de que todas sus mociones interiores le impulsaban a quedarse. "Entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén"¹⁴. Fue la determinación

¹³ Cf., por ejemplo, lo que dice San Ignacio en la regla 10 para el verdadero sentido de Iglesia, *Ejercicios* [362].

¹⁴ San Ignacio de Loyola. *Autobiografía*, n. 50, en *Obras completas*, o. c., 130.

de la autoridad eclesiástica la que le descubrió esa voluntad de Dios, que él hizo suya a pesar de sus mociones.

Si del plano de lo más personal pasamos a determinaciones en las que han de intervenir varias personas, una comunidad, una parroquia o diócesis e incluso la Iglesia entera, todavía aparece más claro que el ámbito del discernimiento mocional, sin dejar de ser muy conveniente, es con frecuencia difícilmente aprovechable por la cantidad de interferencias y matices que se producen en el grupo. Sólo valdrían como horizontes de intuición y de respuesta genéricos. Después habrá que concretarlos más desde otras instancias: deliberación; obediencia; acoplamiento con otros grupos dentro de una estrategia apostólica más general, etc.

Por último, habría que tener en cuenta que en algunos casos no frecuentes, el discernimiento como tarea de la persona queda, si no suprimido del todo, sí reducido a la mínima expresión, por la forma en que aparecen en la conciencia las mociones del Espíritu. La experiencia de la consolación sin causa precedente, de que hablan las reglas de discernimiento de la segunda semana, una decisión que irrumpe en el curso de la vida, según se describe en el primer tiempo de hacer elección, dejan prácticamente sin sentido al discernimiento como tarea humana. Tan sólo hay que asegurarse de que se dan en la persona las condiciones de normalidad previas, o que los propósitos posteriores a la tal moción son coherentes con la experiencia tenida. Hay momentos en los que el Espíritu se manifiesta con certeza sin necesidad de que se le busque: ¡Es el Señor!

License and Permissible Use Notice

These materials are provided to you by the American Theological Library Association (ATLA) in accordance with the terms of ATLA's agreements with the copyright holder or authorized distributor of the materials, as applicable. In some cases, ATLA may be the copyright holder of these materials.

You may download, print, and share these materials for your individual use as may be permitted by the applicable agreements among the copyright holder, distributors, licensors, licensees, and users of these materials (including, for example, any agreements entered into by the institution or other organization from which you obtained these materials) and in accordance with the fair use principles of United States and international copyright and other applicable laws. You may not, for example, copy or email these materials to multiple web sites or publicly post, distribute for commercial purposes, modify, or create derivative works of these materials without the copyright holder's express prior written permission.

Please contact the copyright holder if you would like to request permission to use these materials, or any part of these materials, in any manner or for any use not permitted by the agreements described above or the fair use provisions of United States and international copyright and other applicable laws. For information regarding the identity of the copyright holder, refer to the copyright information in these materials, if available, or contact ATLA at products@atla.com.

Except as otherwise specified, Copyright © 2016 American Theological Library Association.